



En la foto, Ros, Diéguez, Corzo, Carlos y Cabrera

Este EJE está muy claro: lo son las seis personas que pusieron en marcha la Casa-escuela. Nos traen sus recuerdos y por debajo está el motor de todo: los destinatarios de tanta creatividad y trabajo, más que la pedagogía y el azar, que también fue importante

1 APRENDÍ CUANTO SÉ

Carlos García (El Puerto de Santa María, CA)

Tenía 19 años. Había terminado los cursos de Filosofía y Magisterio. Sabía la vida que no quería llevar pero no tenía claro lo que realmente quería. Estábamos pensando, con Eduardo Rosillo y otros, en un proyecto para llevar a cabo en Badajoz. El superior provincial, el P. Ángel aceptó la idea, con la condición de que acompañara una persona de peso: el P. Ignacio Botella. Me entrevisté con él en el San Antón de Madrid y la cosa no cuajó. El Provincial me habló de Santiago Uno. Los objetivos eran similares y de todo lo demás se carecía en Badajoz.

En julio del 71 me puse en contacto con Corzo. De Barbiana solo conocía *Carta a una maestra* y otras coincidencias vinieron con el tiempo, la convivencia y el aprendizaje. Algunas sintonías ya se intuían: algunos exalumnos de Getafe y de clase trabajadora, aunque inconscientemente, habíamos interiorizado la lucha de clases y los últimos, sin conocer ni nada su significado más profundo. Era

algo que, quizás, sólo flotaba en el ambiente de forma ambigua y poco clara.

Del viaje y la llegada a Salamanca recuerdo, por ejemplo, los barrenderos por la plaza entre los pies de la gente que paseaba en domingo. También el trabajo de adaptación de Santiago Uno, el reparto de responsabilidades (los repasos escolares de 18:30 a 20 para chavales difíciles del barrio y que me tocó coordinar con voluntarios del Scío) y el rescate para la escuela de dos hermanos *areneros* – Bienve y Eduardo – siempre en el río a las órdenes de su padre-patrón.

Con mi título de maestro encontré trabajo como educador en la Fundación R. Fabrés y lo llevé a cabo a medias con Rosillo, pero, al final, las fuerzas vivas de Salamanca (obispo, presidente del Tribunal de Justicia y otros acordaron darme de baja). Como era propietario provisional de la plaza, defendí mi puesto con la inestimable ayuda del jovencísimo abogado y amigo de Santiago Uno, Andrés Llorente, y del inspector de educación don Ramiro. Como era de esperar, a los 5 meses me dieron la razón y que me fuera a otro destino.

Tengo más recuerdos, pero unos no se mencionan, ya que son compartidos, como el viaje a Florencia y Barbiana tras las huellas de don Milani y, otros, sin ser exclusivos, quizá me afectan más directamente (aunque no sé si le interesan a alguien). Recuerdo la creación y el funcionamiento – en Santiago Uno y en numerosos pueblos – de grupos de jóvenes rurales: reuniones, revistilla, campamentos... Hoy seríamos envidia y ejemplo del movimiento por la España vaciada, (es broma). También mi examen de final de curso con el trabajo en verano en cooperativas de agricultores de Larrodrigo y Turra.

De Santiago Uno aprendí “cuanto sé”. Y llevo lamentando mucho tiempo no haber acertado más: me dolió el abandono de Tali – un chico residente – y me arrepiento del suceso con Manolo (desde ese día “Manolo Revoluciones”), por no dejarle ir a su pueblo en cierta ocasión, aunque en una conversación con Zurdo, creo haberlo reparado en parte. Fue durante el año en que dirigí la casa (1973/74) ¡con alumnos mayores que yo! ¡Y gracias a Ros, a Diéguez y a la actitud responsable de todos los chicos! También aprendí mucho en/con la comunidad de base de los miércoles; y de la nobleza y austeridad de Antonio Alonso (y los demás). Pero tengo que ir terminando y tratar de difuminar el aire de complacencia.

Después de Santiago Uno me he dedicado a la escuela y a la política (aportando lo que puedo al proyecto comunista, ¡así nos va!) y, menos, al sindicato. De la enseñanza guardo muy buenos recuerdos (las madres y alumnos que veo, creo que también). De los que no veo o se hacen los despistados ya os hacéis una idea.

De los escolapios y de mi partido (aunque no quepa comparación, y a mil kilómetros y con mi infinito respeto) estoy tan lejos... Quizá son maquinarias que mantienen la inercia, pero por encima de todo son un grupo de gente generosa, desinteresada y trabajadora. Me vienen muchos nombres a la cabeza que no voy a citar por no dejar a otros en el olvido. Pero aquí los tengo.

2 ANTONIO ALONSO, EL MAYOR Y ÚNICO AUSENTE

Redacción,
sobre el recuerdo póstumo de
Ephemerides Calasanctianae 4 (2020) 1274-1283



Nacido en Reinosa (Cantabria) el 14.5.1939, octavo de nueve hermanos, conoció desde chico “el respeto, sencillez, cariño, laboriosidad y puntualidad” y en eso nunca cambió, a pesar de que los seminarios – él entró en 1964 con 25 años – suelen arramplar con la clase social y familiar de origen. Entre compañeros le llamaban “el viejo” y le querían y respetaban todos, y los chicos también.

Se preparó para enseñar Formación Profesional y, tras ser cura (18.12.1971) durante su primer año en Santiago Uno, pidió ir a Saraguro (Ecuador) a fundar una escuela de pobres, que fueron siempre su meta y su preferencia. Allí estuvo 10 años “los más hermosos de mi vida” escribió.

También formó escolapios, religiosos y laicos (que llevaban un *doposcuola* en la Cuenca ecuatoriana). Lo hizo muy bien, pero su enfermedad pulmonar recomendó su traslado a Medellín (Colombia) donde murió (12.2.2018).

“Luego de una vida de total entrega, Toño goza de la alegría del Padre”. Así concluye su hermano Jesús, autor de ese recuerdo, tan coincidente con el nuestro.

e

I

e

j

e